

VISUALA

presenta

EL RETORNO DE CORÉ

APERTURA

Viernes 20 de diciembre de 1985

CLAUSURA

Sábado 11 de enero de 1986

Patrocinan

INTELESA / CÍA. DE TELÉFONOS DE CHILE /
TRAN-LUX / RADIO BEETHOVEN / PINTURAS BLUNDELL /
HILLE MUZARD / PISCO TACAM

Auspicia

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S.A.

GALERÍA VISUALA

Diego de Velázquez 2145 (Providencia)
Teléfono 232 4986

EL PEÑECA

(Aparece los sábados)

M. R.

N.º 1713



LOS VIAJES
DE GULLIVER

Portada:
Reducción de la portada realizada por
Coré
a todo color para
EL PENECA
Año XXXIII - N° 1713
revista semanal dirigida por
Elvira Santa Cruz (Roxane)
y publicada por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

EL RETORNO DE CORÉ

El azar, que juntó y mantuvo reunidos estos dibujos de Mario Silva Ossa (Coré), es el hada (o el hado) madrina de esta exposición. Que no es una selección, sino el resto de un naufragio de papel y tinta. Mirándolos para "ilustrarlos" con estas líneas, reconocí, a través de una distancia de casi medio siglo, cuatro o cinco de ellos. Fueron más, es claro, los que eché de menos, aunque no se dibujaran en mi memoria o aunque se dibujaran en ella, como recuerdos indefinidos.

Ver para reconocer. Por cierto, prefiero lo que reconozco. Lamento que no todos los dibujos de Coré quedaran en las mismas manos. Lamento, aún más, los muchísimos que deben haberse extraviado negligentemente en secretarías de redacción, talleres fotomecánicos, bodegas o casas particulares. ¿Qué se hicieron sus ilustraciones de La Isla del Tesoro? Me parece estar viéndolas por obra de una memoriosa ilusión óptica. Sí, como está escrito, Coré trabajó desde los dieciocho años en EL PENECA, hasta los treinta y siete años, como portadista y en las páginas de esa revista, y en otras publicaciones, habría que computarle miles de dibujos. En los que he visto, en efecto, suele figurar uno que otro número muy subido, por encima del milenio, agregado después de la edición.

Otros detalles me llamaron la atención y se relacionan con un cierto descuido material de unos originales que no importaban por sí mismos sino en función de su reproducción fotomecánica. Producción igualada a la reproducción. El formato de esos dibujos es aproximada o exactamente el mismo de sus respectivos clichés, como para asegurar la fidelidad de la reproducción. Y a menos que otras manos hayan recortado las láminas al ras del encuadre lineal o del espacio que ocuparían, se puede ver que el dibujante no les dejaba margen alguno al margen del que iban a tener en la realidad de las páginas impresas. La plena identificación del original con su reproducción connota, a la vez, la poca importancia que se otorgaba el dibujante como "artista" y la escrupulosidad de un artesano que debía contar, hasta 1950, con procedimientos de reproducción técnica menos sofisticados que los actuales. El Círculo de Periodistas, "en cuyas filas militó el ex-

Revisar Jobo Paster, M. H. H. H., 2/1/2003

tinto" —como se dijo en su entierro—, lo consideraba uno de los suyos a título de periodista y dibujante; algo que debe entenderse como una condensación de ambos: dibujante del periodismo o periodista del dibujo.

Dentro del profesionalismo algo banal, acerca del cual existe toda una retórica del heroísmo modesto que compensa la relación de empleados y empleadores, dorándoles la píldora a unos y otros, se desarrolló, un poco misteriosamente, con perdón del adverbio, la obra y quizás la vida, acaso también la muerte de Coré.

Los obituarios y discursos fúnebres que tengo a mano (fotocopiados en letra que de tan pequeña raya en lo invisible), no dicen una sola palabra real acerca de la muerte sorpresiva de un joven de treinta y siete años, salvo en un caso: Blanca Santa Cruz Ossa (directora de EL PENECA y compiladora de unos CUENTOS FANTÁSTICOS que él ilustró, entre otros), hizo de su obituario una fábula. Al bautizo del niño Mario, destinado a gloria y renombre, asistió un hada que se habría sentido desairada. "O pudiera ser que el aquelarre de las brujas indignadas por las caricaturas que del gremio hacías en tus dibujos para deleite de los niños infiltrara en tu espíritu una terrible inquietud, un desasosiego que te oprimía". Es todo.

El trabajo cuantitativamente excesivo de Coré, del que esta muestra es un atisbo algo casual, parece haber sido "de una sola línea", siempre de la misma calidad e igualmente reconocible. A los diez años, yo que leía poco EL PENECA, pero que lo veía, cada vez, con atención sostenida, estaba consciente de la poetividad de Coré y del virtuosismo que lo diferenciaban de otros ilustradores a veces hábiles, otras torpes e insignificantes. Son impresiones que han persistido, pero que ya no puedo enunciar con simplismo ni inferir de ellas, por otra parte, ninguna pretensión teórica.

El asombro de un niño no puede ser más distinto que la apreciación de un adulto, pero si el objeto es el mismo y uno solo el sujeto, algo tendrán esas reacciones en común.

El típico dibujante mediocre de cuentos infantiles, de cualquier país y de la misma época de Coré —no nombraré a nadie en particular—, era un pretendido fotógrafo del texto, que traducía la fantasía a puntualidades realistas, haciéndola, por supuesto, inverosímil como lo sería la fotografía de un sueño.

Tomo un libro al azar: LOS VIAJES DE GULLIVER, impreso en 1954. El dibujante sigue, sin más, el texto y con mucho menos,

ilustrando sus frases ("ante el trono había una gran mesa llena de globos, esferas e instrumentos matemáticos de todas clases").

Si ese fue el procedimiento de Coré, lo superó con creces, pues sus dibujos se recuerdan como si fueran textos y él un narrador autónomo, un narrador personaje, una primera persona o, si se quiere, un estilo.

Al ver de nuevo y por primera vez el conjunto que exhibe VISUALA, los textos que faltan, sobran. Fueron, seguramente, en ciertos casos, adaptaciones mediocres de grandes o pequeños autores como Stevenson y Emilio Salgari, respectivamente; versiones, quizás expurgadas, de Perrault. Pesadillas idealizadas o sueños morales para uso de los niños medio victorianos que fuimos los niños chilenos de esa época.

Los dibujos de Mario Silva Ossa participan de esa asepsia, pero parecen verdaderamente inocentes y, por lo mismo, no pertenecen al orden *kitsch* de las estampas dulzonas y meramente edificantes.

Hay una especie de lirismo, en esos dibujos, incompatible con la posibilidad de darlos vuelta para leer, en el revés de la trama, signos desviados de los que componen, en la superficie, un cierto mundo tranquilizador aun cuando lo frecuenten dragones, brujas o piratas.

En la misma época los dibujos animados de Walt Disney, preocupados de una distribución maniquea de la fealdad y la belleza entre el bien y el mal, respectivamente, y de la belleza demoníaca de la madrastra de Blanca Nieves, podían, llegado el caso, asustar a los niños.

Leo por ahí que los estudios de Walt Disney solicitaron la colaboración de Coré y que él declinó esa oferta. Hizo bien, en cualquier caso. Sus estereotipos divergen de los que pusieron en boga dichos estudios, como si respondieran a otro concepto de la fantasía. El sentimentalismo de Coré no se sobreexcita en la cursilería para convencer ni su humor se facilita en la caricatura ni es truculento para hacer obvia la convergencia de la historia y la moraleja. Tiene la óptica de una especie de ensoñación desinteresada, sobria o poco espectacular y una técnica, es claro, que tiene muchísimo menos que ver con el cine que con el ejemplo y la cita de la pintura y del grabado.

El dibujante es un coreógrafo que "limpia" sus escenas o las compone; hace un equilibrio de los elementos o lo rompe en forma calculada. Tanto más cuanto que se trata de decorar una página como en los tiempos más antiguos lo hacían los pintores de códices; de agregar, quizás, al dibujo, el tacto del diagramador.

Las mejores ilustraciones de Coré, creo, se encuentran entre las que hizo en puro blanco y negro, imitando o mimando, sin remedarlo, el grabado en madera. Con tinta china no mezclada con agua, las viejas plumas dúctiles que engruesaban o adelgazaban el trazo según la presión y algún pincel. Los medios tonos, en ese caso, se resuelven en una cierta variedad de tramas que denotan, junto con la luz y la sombra, el espesor o la ligereza de personajes y vestuarios.

Cualquier dibujo de esta serie sirve de ejemplo y de contraste con las aguadas o aguas-tintas y con las pocas acuarelas o témperas que se pueden ver aquí.

A mí me llamó en especial la atención la imagen de un guerrero medieval yacente, quizás muerto, sobre un lecho que parece piedra tumbal. El escorzo de su coraza, caída junto al lecho, es un hoyo negro (el reverso de la fosa) que incorpora a la frontalidad decorativa de la página un índice de la profundidad omitida, de la perspectiva. Me parece que una doncella vestida como las vírgenes de Memling está arrodillada y reza, y que su gran capa inicia, con su oleaje, el movimiento de las manos entrelazadas que se elevan y se recogen en ese entrelazamiento. El bolso de la muchacha no tiene por qué no reposar, graciosamente, en el suelo, con su diseño floral. El límite del dibujo coincide con una especie de hornacina en que se encuentra el lecho y con el ancho, pues, de la página a la que estuvo destinada esta estampa. Un héroe de novela de caballería o de alguna guerra santa, dulcificado por un toque quijotesco, por el que reza su Dulcinea de verdad, como si aquel fuera altar y reliquia.

Creo más que probable que a Coré le hayan gustado los pintores-poetas-ilustradores del prerrafaelismo, como Dante Gabriel Rossetti, Edward Burne-Jones o William Morris, incluyendo a Aubrey Beardsley y con este, otros diseñadores del Art Nouveau como Georges Auriol o Eugene Grasset, por dar algunos nombres de afichistas e ilustradores.

No quiero insistir, pero tampoco obviar, el "modernismo" — así se llama en español al Art Nouveau— de Coré, quien hizo de él, no sé hasta qué punto conscientemente, una versión adaptada a los fines y a las precariedades del medio en que dio, semanalmente, lo mejor de sí mismo: una revista infantil provinciana, tan distinta de las revistas hiperartísticas y supersofisticadas o de los libros decorados, ornamentados y empastados, a fines de siglo, por los modernistas europeos y norteamericanos.

El mundo de fábula del joven chileno, inocente y simpático, excluye, por el lado de las connotaciones, los equívocos en los

que se complacía el modernismo. Desde el punto de vista de la factura, Coré es un manierista que no lleva, es clara, sus estilizaciones ornamentales a los interesantes excesos en que debían caer los Charles Ricketts o los Housman; pero que, de parecida manera, en otro mundo, para otro público, distingue la ilustración de la transcripción literal de la escritura y hace de ella un arte autosuficiente en la medida misma en que lo subordina a la página escrita.

Aunque no escribiera ni eligiera los textos, el hecho de que sus lectores fueran infantiles incentivó otra peculiaridad modernista: un cierto historicismo. Como "La doncella de los ventisqueros" o "La princesa transparente" viven en el antitiempo del HABÍA UNA VEZ, cuando Coré no se veía obligado a un vago siglo XIX, con Julio Verne, o a este siglo con exploradoras castas y bellas y exploradores inexpressivos, se transportaba alegremente a esa especie de edad media sin obligaciones temporales a que remiten Grimm y Perrault.

Una obra copiosa y bien cumplida como la suya presupone una profesión más bien sacrificada o dura y esta, la necesidad de compensaciones. Coré puede haberlas encontrado, por obra de su obra misma, la tiene que haber sido, en alguna medida, fascinante para él mismo como lo fue para sus destinatarios que aún disfrutamos de la posibilidad de reconocerla, del intento de pensarla y de prolongar, de otra manera, la nostalgia de un "mundo mágico", con perdón de la expresión, que el dibujo de Coré hizo existir. Como mundo y como nostalgia, en el papel, sin gravitación o peso histórico ni aparente profundidad psicológica.

Muchos de los niños de entonces, estoy seguro, al ver AHORA los dibujos de Coré, recuperaremos un "entonces", igualmente imaginario, en que se ilustren mutuamente esos dibujos y nuestra memoria. Ella tampoco hace historia, sino que fábula.

Si, como los norteamericanos, hiciéramos los pobres chilenos del pasado no tan remoto un mito y un estilo que invocar, a la búsqueda de la autenticidad perdida, serían muchos los renovados admiradores de Coré. Me cuento entre los menos numerosos que no necesitamos de ese tipo, tal vez dramático, de moda para apreciar, en plural, ese trabajo. Prueba de esa pluralidad es el hecho significativo de que una galería de gente joven reciba al joven fantasma de Silva Ossa, sin intercesión de la infancia de los receptores. Un signo de que Coré no fue sólo el poeta visual de una sola generación meramente infantil